

**NÚMERO
ESPECIAL**

Todo sobre Molloy

QUERIDA SYLVIA

Edgardo Cozarinsky

Buenos Aires, 13 de abril, 2021.

Querida Sylvia,

Tengo nítida tu imagen ante la máquina de escribir, sentada en el borde de esas altas ventanas francesas que llegan casi hasta el piso. La luz es de primavera tardía, alarga la tarde de fines de mayo. ¿1967? Creo que estabas pasando en limpio tu tesis doctoral, tan elogiada por Étiemble, el dueño de la literatura comparada en la Sorbona de aquellos años.

Tu hotel estaba en la rue Casimir-Delavigne, a dos pasos del théâtre de l'Odéon, que no podía prever la ocupación meses más tarde por los insurgente de mayo 1968, las asambleas enardecidas, los slogans que aún perduran como un talismán: "Bajo los adoquines la playa", mi preferido. Yo estaba de paso, había trabajado unos meses en Suecia y ahorrado como para vagar por el norte de Europa antes de pasar unas semanas en París, postergando el regreso a la Argentina de un general llamado Onganía. Mi hotel era el Deux Continents en la rue Jacob, hoy "gentrificado", inabordable para alguien como el que yo era entonces.

¿Por qué fecho en aquella primavera el comienzo de nuestra amistad? Nos habíamos cruzado en Buenos Aires, presentados, creo, por Enrique Pezzoni, pero no recuerdo que surgiera una corriente de simpatía entre nosotros. La distancia, dicen, hace otra persona al individuo, no sé para vos, en todo caso para mí, y el flamante vagabundo sintió que no quería separarse de esa mujer inteligente y apasionada, a quien, sintió, la erudición le quedaba estrecha.

Caminamos mucho por la ciudad, que vos conocías mucho mejor que yo. Los dos bebíamos en aquellos años y más de una vez, cuando las finanzas apretaban, evitábamos no ya el Flore o el Deux Magots sino el más atorrante del boulevard Saint-Germain: el Old Navy. Comprábamos la botella de whisky que liquidábamos ya sea en mi cuarto de hotel o en el tuyo, ayudados por dos vasos originales de los difuntos Grands Magasins du Louvre.

Porque "el ultraje del tiempo" regala cierto encanto a la banalidad hoy cancelada. Hasta la desaparición de una tienda dispara, no la nostalgia, que detesto, sino un encadenamiento imparable de asociaciones. Mencionabas en tus recuerdos publicados la Akademia (sic) Raymond Duncan en la rue de Seine. La última vez que pasé por donde había estado vi que varias boutiques ocupaban la superficie de sus amplias instalaciones. En ese espacio dedicado a una versión apócrifa del helenismo, entramos una tarde. Nos recibió una especie de monja laica que se presentó como Sister Bertha y nos mostró los rudimentarios telares donde hilaban algo parecido a túnicas griegas. "Colores naturales, extraídos de plantas y flores, nada químico" nos dijo, ufana de los tonos precozmente desteñidos del resultado, pálidos y ajenos a cualquier idea sana de naturaleza. De

lejos, en un segundo patio, creo, entrevimos al legendario hermano de Isadora, túnica blanca, sandalias, su perfil aguileño enmarcado por guedejas no menos descoloridas que el trabajo de Sister Bertha.

No quisiera caer en el inventario de trivia. Creo que en aquellos días no sospechábamos que algún día íbamos a escribir no ya con recuerdos sino con deseos, desilusiones, furia contenida o reciclada en humor. Tortuosos son los caminos de la literatura, Sylvia, y cuando algún crítico dice que nos hermana la herencia de *Sur*, donde estuvimos de visita, nada más, los dos escuchamos menos el nombre de la prestigiosa revista que el de nuestro amigo Pepe Bianco. Vayan a su memoria estas líneas, que celebran nuestra amistad y la suya.